

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

Hemos estudiado en el siglo primero el estado de Roma y el estado del mundo. Pero el mundo pagano en sí no constituye, no puede constituir toda la civilización de esta edad. El mundo pagano sentía en sí como un desfallecimiento que le obligaba á pedir un nuevo principio de vida, un nuevo elemento de progreso. Las sociedades expresan por signos infalibles, como los individuos, el instante en que el frío de la muerte se extiende sobre su cuerpo, y la sombra de la duda por su alma. Y aquella paz del mundo pagano, en tiempo de Augusto, que todos han considerado como una señal de vida, era en realidad una señal de muerte. Cuando la gran lucha entre los elementos orientales y griegos concluyó, cuando enmudeció la tribuna, cuando la filosofía buscaba instintivamente un nuevo Dios en el cielo, una nueva idea en la conciencia humana, cuando los templos estaban desiertos y los oráculos mudos, solo una idea nueva, una idea pura, una idea descendida del cielo como un rayo del sol, podía levantar á la humanidad de su abatimiento y abrir nuevos espacios á su incesante progreso. La idea religiosa solo podía venir de Oriente. La patria de la religión es Asia, como la patria de la filosofía es Grecia. Y Asia, en uno de sus santuarios, guardaba la única idea que podía servir como de raíz al cristianismo, la idea de la unidad de Dios idea cuyo sacerdote era el pueblo hebreo.

Este pueblo tenia sobre todos los pueblos de la historia una constancia que era su incontrastable fuerza; una fé purísima en la unidad de aquel Dios, que bajo su aspecto moral, era justo y próbido, y bajo su aspecto metafísico, el sér por excelencia; Dios, que ninguna imágen podía representar, que ninguna palabra humana podía contener; Dios, que habia formado en el alto Sinaí un pacto con su pueblo, que el pueblo no podia romper sin ser castigado por la divina cólera; pero sobre esta constancia, sobre esta fé, sobre este pacto solemne, el pueblo hebreo tenia una virtud que le habia de hacer superior á todos los pueblos, dueño de la conciencia religiosa de la humanidad, depositario de las promesas del Eterno, padre temporal del Verbo; y esta virtud era su esperanza en la renovacion de su vida, en el progreso de su raza, en el triunfo del Justo, en el descendimiento á la tierra del que habia de ser su amparo y su salvacion, pues miéntras los demas pueblos de la historia volvian sus ojos á lo pasado, y suspiraban por la edad de oro que habian dejado á sus espaldas, el pueblo hebreo, lleno de esperanza, se espaciaba en el seno de lo porvenir, y se unia mas y mas á su Dios, convencido de que habia de exaltarle y protegerle con el cumplimiento de sus consoladoras promesas.

Un dia el pueblo puso en olvido esta fé y esta esperanza. Su corazon se abrió á la idolatría. Cambió la miel depositada en su alma por el veneno corrosivo de una idea estraña á su civilizacion. La dea de Dios solo centelleaba en algunas almas grandes, en algunos corazones enteros y rectos. Entónces apareció por las montañas un soldado feroz, y cayó con su espada mas poderosa que el rayo sobre Jerusalem. El santuario se conmovió en sus cimientos, el pueblo alzó los brazos al cielo, clamando por su Dios. Pero ya era tarde. Las piedras del santuario rodaron por las plazas y las calles, la peste y el hambre vinieron sobre la ciudad santa, y el terror fué tal, que hasta los pechos de las madres se secaron y no pudieron lactar á sus hijos, como si Dios hubiera querido estermiar á Israel. El poderoso conquistador, azote de Dios, arrancó á los hijos de Jerusalem su templo y sus hogares; descalzó sus piés para que sintiera las espinas de la tierra, ató sus manos á las espaldas, y los arrastró por el desierto á las profanas orillas de estrangero río. El dolor fué como una gran revelacion para el pueblo. En el abrasado desierto se acordó de que solo su fé podia refrigerar su alma; en la soledad comprendió que solo sus cánticos religiosos podian acompañar sus suspiros y sus gemidos. En vano sus amos le señalaban sus ídolos y los templos des-

lumbradores de Babilonia; el pueblo llevaba á Dios en otro templo mas grande y mas hermoso, en su alma. En aquella tristeza, en aquella desesperacion, en el fondo de aquellos calabozos, mas oscuros que la negra noche de la muerte, allí, donde solo se oia á lo léjos el sordo rumor de las ondas del Eufrates, ó el gemido del viento entre los sauces, allí penetró el rayo del cielo, la inspiracion profética. Los profetas sienten que aún es posible restaurar el templo, que aún es dable volver á orar sobre la montaña de Sion. Las tinieblas que rodean sus cuerpos no caen sobre sus almas, ántes reconcentran la luz en el seno de la conciencia. Sus manos, comprimidas por las cadenas, se levantan hácia Jerusalem; sus ojos, cegados por una eterna oscuridad, ven la luz que baja de las montañas; sus oídos, heridos por los lamentos, aún sienten las ondas del Jordan y el arroyo de Cedron; sus almas atribuladas, aún respiran en el seno de la esperanza. Pero no es una esperanza vaga y mística, no, es una esperanza de restaurar el templo, de afirmar la legislacion, de sacar al pueblo del cautiverio, de esclarecer en su alma la nocion divina, de tornar á los tiempos de Moises, de hacerle concebir mas claramente la venida del Justo, del prometido á las naciones.

Por fin, la esperanza se cumple. La tribu de Judá vuelve á sentarse sobre las montañas de Sion. Todos los que no adoran al verdadero y único Dios, son separados de su contacto. El culto se concentra en Jerusalem. Allí han de ir todos los hijos de Dios á ofrecer en sus aras el becerro y todas las victimas. La tribu de Judá fué el sacerdote de Dios. Es verdad que Efraim se apartaba del verdadero culto; pero en cambio los samaritanos se acercaban al templo. El pueblo habia adquirido en el cautiverio una fé mas pura, habia dejado en sus calabozos aquella movable sensibilidad del niño, que le llevaba á dejarse halagar y seducir por el falso cántico de la idolatría, y habia fortificado lo que era su salvacion, lo que era el secreto de su vida y la esencia de su alma; su dulce y consoladora esperanza. La educacion religiosa se extendió mas por el pueblo. Los antiguos profetas eran leídos en la plaza pública y mantenian viva la llama de la fé. La historia formaba parte de la educacion nacional. El pueblo curaba las heridas abiertas por la reciente servidumbre con el bálsamo de los recuerdos de lo que padecieron sus padres en Egipto. Su corazon se llenaba de esperanza oyendo las victorias de Moises y de Josué. Así conquistaban el suelo patrio por las armas del espíritu; así levantaban una patria ideal, á do volvian los ojos arrasados de

lágrimas sus hijos, aunque estuviesen dispersos. Su sinagoga se alzaba como un templo, como una escuela á los ojos de todos los hebreos. De esta suerte conservaban la pureza del culto, que debía ser la semilla del cristianismo.

El destino de Israel era conservar su fé pura hasta el día en que de esa fé brotara la idea religiosa de la nueva humanidad. Para separar el pueblo de todo contacto con los pueblos extranjeros, nacieron los fariseos. Esta secta, á pesar de que su doctrina era la tradición, de que sus interpretaciones se atenían á la letra de la ley mas bien que á su espíritu, de que su ciencia se perdía en un casuismo muchas veces ridículo, conservaba la religion hebrea libre de todo influje pagano, el pueblo salvo de todo contacto extranjero, la ciencia incólume y léjos de toda escuela filosófica, el amor patrio encendido en todos los corazones, la Sinagoga levantada sobre todas las tempestades; y así, cuando los pueblos conquistadores pasaban á su lado en rápida carrera, como las ondas de arena arrastradas por el Simoun, los fariseos sostenían á Jerusalem que se elevaba serena como la palmera en el desierto, como el cedro en el monte; y cuando los seléucidas arrasaron los templos, y prohibieron el culto, y pisotearon las piedras del santuario, los fariseos engendraron una raza de héroes, que sobre la colina de Sion oíera el grito de la libertad al pueblo escogido; y cuando los romanos avanzaron al Asia y extendieron las alas de su águila sobre el templo de Salomon, los fariseos lucharon desesperadamente, y si cayeron aplastados bajo la maza incontrastable de Roma, mostraron haber sido á su idea y á su destino fieles hasta la muerte. Solo cuando Jesucristo apareció en Jerusalem, los fariseos se engañaron, y apegados á su doctrina desconocieron al Hijo del Hombre. Entónces como su idea era un obstáculo al plan divino de la historia, un mentís á la lógica de los hechos, los fariseos decayeron, y se mostraron corrompidos y viciosos. Volvemos á repetirlo, en el continuo oleaje de los hechos, en la inmensa série de las ideas, así se pierden, así se acaban todas las instituciones, todas las escuelas, que no sirven al progreso.

Frente á frente del Fariseo se levantaba el Saduceo. Así como los fariseos conservaban la antigua disciplina de Israel, su religion, su Dios, la pureza de sus dogmas; los saduceos entendían el espíritu de Israel por todas las razas, transigían con los pueblos enemigos, se postraban ante la tiranía de los hechos, mezclaban las tradiciones de aquella su nacion única en la historia con las tradiciones de todos los

pueblos de la tierra. Ellos creían que el instinto de conservacion de la raza farisáica era dañino á los dogmas, porque los petrificaba; y creían también que la esperanza de una resurreccion era ilusoria y quimérica. Bossuet nos refiere que no creían los saduceos en la inmortalidad del alma, que no esperaban otra vida mejor allende el sepulcro, ni siquiera aquella vida de tinieblas reservada á los judíos hasta el día en que el Salvador viniera á encadenar á la muerte. Así los saduceos, plegándose á los hechos, dejándose llevar por su empuje y movimiento, como la hoja caída en la corriente, fueron aliados de los persas, cortesanos de los seléucidas, esclavos de los romanos. Cuando el culto de la luz se levantaba sobre el altar del Dios único, en aquella luz adoraban la ciencia de Yhowath; cuando el canto de las divinidades paganas resonaba en el Jordan, en Jericó, en las calles mismas de Jerusalem, confundían su Dios-espíritu con el Dios-naturaleza, adorado por los griegos; cuando los Macabeos hacían brillar sus espadas contra los enemigos de su Dios, ellos iban á besar humildemente los piés de sus enemigos que habían hollado las leyes de sus padres; cuando Herodes se alzaba á destruir la antigua República teocrática y sagrada, eran cómplices de Herodes; cuando el carro triunfal de Roma crujía sobre las piedras de Palestina, iban á presentar sus manos á las cadenas romanas, prefiriendo siempre esa muerte deshonrosa que trae consigo la esclavitud, á esa vida gloriosísima, que se esconde en el seno de una heroica y buena muerte. Digan lo que quieran aquellos que tratan de medir la historia escepcional del pueblo hebreo por las ideas aplicables á todos los pueblos; los que trataron de guardar aislada la luz, esos erraron á los ojos de la filosofia y de la historia. La luz se hubiera perdido en los altares de Astarte, se hubiera convertido en un rayo de la corona de Júpiter, se hubiera apagado al violento empuje de los huracanes romanos, se hubiera confundido en el caos de las escuelas de Alejandria, ó en el Panteon universal, donde espiraban todos los antiguos dioses, si no la hubiera guardado contra todos los huracanes, contra todas las guerras, el instinto sublime de la conservacion, que Dios puso en su pueblo elegido, en el pueblo hebreo. A los saduceos pertenecía Caifás, que miraba de hito en hito los ojos del gobernador romano para conocer su voluntad, y seguirla; de los saduceos era Josefo, aunque se llamaba fariseo; Josefo, que prefirió contar á las generaciones las desgracias de su patria á morir entre sus ruinas. El saduceo desmentía el destino de su raza.

Era necesario, sin embargo, que la humanidad conociese el camino por donde habian los hombres de buscar al verdadero Dios; ó por donde el verdadero Dios habia de buscar á los hombres. Este destino de abrir el mundo oriental, templo cerrado, al mundo occidental, fué admirablemente cumplido por Alejandro. Su espada llamó á las puertas de Oriente, y las puertas de Oriente se abrieron de par en par para recibir el genio victorioso de la humanidad. La entrada de Alejandro en el Oriente es como una trasformacion del genio de la historia. Aquel templo misterioso habia dado de sí muchos dioses, muchas teogonías; pero los dioses habian visto esclavos, nunca hombres; habian oido las plegarias de sus sacerdotes, nunca el grito audaz del pensamiento humano. Era necesario que la mitad de la historia no se perdiera, que la idea trabajosamente engendrada en el Asia no se evaporara como las emanaciones de sus lagos, como las esencias de sus flores. El hombre, sí, el hombre debia ir allí á celebrar su reconciliacion con la naturaleza, á recibir en su alma el beso amorosísimo de Dios. ¿Para qué crecian aquellos gigantescos árboles y se criaban aquellos sabrosos frutos, y abrian sus calices aquellas hermosísimas flores, y arrastraban sus caudales aquellos inmensos rios, y flotaban en aquella atmósfera tantos séres, el aroma de tantos bosques, el fuego de tantos sacrificios, el alma de tantos dioses, si todo aquel mundo era como un mundo aéreo, fantástico, mientras no entrara en su seno el hombre, el verdadero hombre, sí, el hombre de Grecia á interpretar todos aquellos pensamientos, á comentar aquella ruda historia, á recoger el espíritu de aquella civilizacion? Alejandro entró, y Alejandro despertó la vida, el alma inmortal en el seno de aquel mundo, porque llevaba en sus labios la idea humana, que era la idea de Grecia, como el Oriente guardaba en sus templos la idea divina, alma de toda su civilizacion. La idea divina y la idea humana se buscaban instintivamente en el mundo cuando Dios preparaba las vías para la venida de su eterno Hijo desde el cielo. Así que Alejandro abrió el camino á las razas, los griegos comenzaron á internarse en Oriente. Allí, el templo de Jerusalem les sorprendió, como si presintieran que de aquel templo habia de salir la idea, heredera de toda la historia futura. Y al mismo tiempo los judíos sentian deseo de ver el mundo griego, de esparcirse en otros horizontes; y apoyados en su báculo, ceñidos los rifiones en señal de pureza, llevando consigo el libro de sus padres, el testamento de su Dios, iban de region en region, hasta que llegaban á las rientes campifias de

Grecia, á las islas mas hermosas del mar de la Jonia y del mar Egea; y en aquella tierra, donde habia brotado natural, espontáneamente el paganismo, en la cuna de todas las divinidades griegas, allí donde habian sonreido Venus en el mar, Cibele en la tierra, Juno en los aires; en medio del universal antropomorfismo, que ponía un Dios, un genio en cada gota de agua, en cada hoja del árbol, en cada matiz del cielo, en cada destello de la luz, allí los hijos de Jerusalem, los semitas severos, menospreciadores de la naturaleza, levantaban el Dios único, ante el cual la tierra es como una sombra vaga; y con esta idea tan contraria á todas las religiones indo-europeas, preparaban el mundo y la conciencia á sufrir la trasformacion mas grande y mas maravillosa que ha presenciado la historia.

Dentro del mismo pueblo hebreo sentianse las señales de un cambio religioso, de un nuevo rumbo en la direccion de la vida. Los espíritus estaban sedientos de paz y anhelaban por un Dios de amor, El Dios de los hebreos era un Dios de venganzas, el Dios del castigo; su voz era mas pavorosa que el estampido del trueno en las concavidades del cielo y que el rugir del leon en la soledad del desierto; su mirada encendía el universo como el relámpago; su diestra estaba siempre apercebida para descargar el rayo; su nombre quemaba el lábio del mortal, y su aparicion confundia en el polvo y en la nada la tierra y todos los mundos; porque aquel Dios solo tenia presente la primer culpa del hombre, que habia degradado en el Paraiso la divina imagen impresa por el beso creador en su espléndida alma; porque aquel Dios era como un implacable juez, y el hombre como un reo que temblaba siempre bajo el peso de su culpa y sus remordimientos. El hombre necesitaba un Dios que fuese Dios de amor; necesitaba un Dios que secase sus lágrimas con un nuevo beso creador, que recogiese sus amargos suspiros, dulce como las brisas, que le acariciase como la tierna madre acaricia á sus hijos, que se compadeciese de sus dolores y lavara sus culpas; porque despues de aquella larga peregrinacion por la tierra en que habia llovido de sus venas torrentes de sangre, despues de su martirio incesante, infinito, hora ciertamente era ya de que Dios mandase su único hijo, y convirtiera la ley antigua del castigo y de la venganza en la nueva ley del perdon y del amor. En Israel sentianse la suprema necesidad de esta nueva revelacion, de esta nueva ley de amor y de esperanza. Del seno del pueblo tan unido y disciplinado se habian desgajado sectas, individuos que formaban como una familia aparte. Estas sectas indicaban el naci-

miento de un carácter particular, desconocido, del individualismo. El Dios bíblico, el Dios verdadero no se había revelado á la humanidad se había revelado al pueblo. No escogía para su tabernáculo el individuo; escogía toda la raza de Israel. No era el Dios del hombre, era el Dios de la nación. A la nación hablaba, á la nación dirigía sus promesas á la nación sus esperanzas. Así todos los hijos de Judá formaban como una sola familia, como un solo individuo. Pero los muchos dolores, las grandes penas que agitaban á Israel, hicieron nacer en el corazón de algunos de sus hijos el sentimiento del individualismo. Pero este sentimiento saludable, exagerado en su origen, dió de sí sectas, que se maceraban en la soledad para atraer la misericordia de Dios, y su infinito amor. En aquel pueblo de Judá tan unido, tan disciplinado, tan uniforme, se levantaba una secta, cuyos discípulos habían abandonado unas las armas, otros la ciencia, otros el sacerdocio mismo, y apartados del sentido social y religioso de los hebreos, perdidos en la soledad de los desiertos, dados al culto del dolor, humildes, pobres, pero libres, santifican la miseria, odian y condenan la guerra; destruyen el egoísmo de razas, reciben adeptos entre los hombres mas virtuosos y mas pobres, exaltan la caridad y el amor al prójimo, se condenan al celibato como si no quisieran engendrar hijos hasta que tuvieran la seguridad de ser mas felices que sus padres, y si bien admiten errores de los salúceos y de los saduceos, preparan el corazón á la verdad con sus dulces y consoladoras esperanzas.

No eran solamente estas sectas las que esperaban en el Mesías. Esperaba todo el pueblo del Señor con anhelo sin fin. El Mesías era su salud, el Mesías su salvación. Los místicos creían ver venir de nuevo á Elías en su carro de fuego á traer sobre la tierra la paz y la salud del Señor. Los patriotas aguardaban un restaurador político, que recogiese del polvo la corona de David hollada por los griegos y los romanos. Los históricos creían que la casa de Jacob aún había de dar mas reyes á la tierra, mas glorias al mundo con la venida del restaurador de su nombre. Los guerreros se gozaban en pensar que Dios había de venir sobre la tierra en la persona de su hijo, sentado en nubes ardientes, con el rayo en la mano, y una corona de fuego en la cabeza, precedido del trueno y del relámpago, acompañado de legiones de ángeles esterminadores que blandieran espadas sangrientas, llevando tras de sí la peste, el hambre, la guerra, para aniquilar á los enemigos de su pueblo, á los que habían profanado el templo, á los que habían salpicado de sangre el altar, y despues de haberlos

aniquilado, levantar sobre sus huesos y sobre los restos de sus tronos al escogido de Dios, al pueblo de Israel, único depositario de su amor, único objeto de sus promesas. Los que encerraban un sentido religioso mas puro, los judíos espirituales, como los ha llamado la ciencia eclesiástica, creían ver venir un hombre, en quien se uniría un carácter divino, á restaurar moralmente á Israel, castigando á los malvados, enalteciendo á los justos, dispensando una nueva enseñanza, resarcido de sus largos dolores al pueblo, resucitando el sentido puro y abandonado de la ley, erigiendo una nueva mística Jerusalem, para llevar á sus hijos á otra vida mejor, para darles la posesion entera de Dios, para conducirles á un eternal descanso, para refrigerar sus labios con el rocío de una nueva vida infinita. Lo cierto es que la esperanza en un Mesías, en un enviado del cielo, en un hijo de Dios era una esperanza universalmente estendida en Israel, cuando apareció el hijo del hombre, una esperanza celeste, que se reflejaba en todas las conciencias, que latía en todos los corazones, que se respiraba en el aire, que trascendía hasta el pagano Occidente.

La esperanza mesiánica tiene una gran personificación al aparecer Jesucristo en la historia. Esta personificación extraordinaria es San Juan Bautista. Apartado del mundo, recluso en el seno del desierto, vestido con pieles de animales, sin mas vivienda que la concedida por la providencia á las aves y á las fieras, macerado, acariciando siempre la esperanza en el Redentor que había de venir á levantar á Israel, San Juan es el que va separando los abrojos del camino, el que llama la atención de los pueblos hácia la buena nueva, el que anuncia con sus palabras y con sus virtudes el reino de Dios, el que conmueve el pueblo caído en profundo abatimiento moral y religioso, el que predica la fé á los tibios, la enmienda á los descarriados, el que anuncia á los fariseos la para ellos terrible verdad de que el pueblo de Abraham será herido por Dios, si desprecia á su enviado, porque Dios sacará un nuevo pueblo hasta de las piedras del desierto, en una palabra, el que rasga la nube teñida de indecisos matices, en que los profetas habían envuelto al Justo, y desde las orillas del Jordan, en toda su claridad lo predice á las naciones. San Juan es el último de los Profetas. De él dijo Jesucristo: *Amen dico vobis, non surrexit inter natos mulierum major Joani Baptista: qui autem minus est in regno celorum major est illo.*

El que había de venir, el esperado por todos los Profetas desde Elías hasta San Juan, llama con regalado acento á las puertas de la

vida. Una hermosa mujer lo da á luz en el seno de miserable establo, cuando podia haber tenido por cuna el sol y por cendales la primera luz que brotó sobre el Universo. Es imposible, señores, absolutamente imposible, mirar esta gran figura de Jesucristo, sin sentir la conciencia como abismada en un mar profundísimo de grandes é indecibles sentimientos religiosos. Si el pensamiento de todos los reformadores venidos á la tierra ha sido en su primer aparición superior á la inteligencia humana, ¿qué diremos de este reformador divino, que trae no una nueva doctrina, sino una nueva vida? Hijo del pueblo, criado como el esclavo en el trabajo, desconocido de los que habia de salvar, perseguido por los tiranos de su patria, insultado por los sacerdotes de su Dios, sin una piedra donde reclinar la cabeza en esta tierra hechura de sus manos, sin un amigo que lea en su frente el pensamiento divino en ella grabado, comienza la predicacion de su doctrina santísima, que es una nueva alma para el hombre, un eterno ideal para la civilizacion, y atrae para sí las muchedumbres maravilladas, y derrama una esperanza infinita en el áncimo del esclavo, del enfermo, del desvalido, del pobre, de todos los que lloran, de todos los que padecen la injusticia en la tierra; y cuando llega la hora de dar un eterno ejemplo á todos los desheredados, abre sus brazos y los estiende en la cruz como para estrechar en su divino seno á la humanidad, y darle la verdadera vida, la vida del alma con su postrer suspiro, con su último aliento. Ved, señores, lo que habia venido á ser el Mesías esperado por los judíos materialistas y carnales. Su palabra mas pavorosa que el trueno se convierte en dulce palabra de amor, su guerra á los enemigos de Judá en lágrimas y oraciones, su rayo vengador en olvido y perdon de las humanas culpas, sus ángeles esterminadores en pobres Apóstoles sedientos de paz y de justicia, su nube de tempestad en una cruz, su diadema de fuego en una corona de espinas, su odio á todas las razas enemigas de Israel en una efusion, en un abrazo eterno á toda la humanidad, su sed de sangre y de esterminio y de venganza, en dar su propia sangre, su propia vida por la salud del humano linaje; porque el Dios de las venganzas se ha aplacado, desde el instante en que cayó su eterna palabra de amor sobre el tempestuoso y emponzoñado mar de nuestra vida.

Señores: Detengámonos á contemplar de nuevo la figura de Jesucristo. Esto podria parecer un retroceso en mis lecciones, y no lo es, señores. En el año anterior arrojé mis ideas generales sobre la época, objeto de mis estudios. En este año debo confirmar esas mismas

ideas, debo demostrar que son leyes reales objetivas, inquebrantables de la historia. Y como la figura que se levanta sobre toda la civilizacion; la figura á cuyos pies se desploma el Templo y el Capitolio; la figura que se ve radiante de gloria sobre todas las ruinas; la figura que contiene y troncha las ensangrentadas armas de los bárbaros, es la figura divina de Jesucristo, nosotros debemos detenernos á contemplarla; porque hemos venido á la vida bajo su manto, y esperamos dormir el sueño de la muerte en su regazo. Jesucristo explica á sus discípulos y al mundo que su ley no ha venido á destruir la antigua ley, sino á esclarecerla y completarla con otra mas santa doctrina. Así el Salvador plantea su doctrina, separándola de todas las doctrinas de su tiempo. Contra el sentido materialista de los saduceos, predica la inmortalidad del alma ciertamente mas duradera que el cielo y el sol y las estrellas. Contra los fariseos atenedos á la letra de la ley, verdaderas mómias que petrifican la doctrina antigua, robándole su esencia divina, predica el culto del espíritu. Contra los esenios predica la necesidad de salvar al mundo, no retirándose de él, sino yendo amorosamente á buscarle en sus enfermedades y en sus errores. Pero, á pesar de esta diferencia de doctrina, une su ley de amor, su ley de esperanza con la antigua ley, regenera el mosaico con la sávia de su doctrina. La ley antigua es la ley de los símbolos, la ley moderna es la ley de las ideas. Así en el desierto, sobre la montaña, rodeado de sus discípulos, viendo el pueblo que se aglomera para recoger su palabra, Jesús santifica á todos los débiles, á todos los desgraciados, prometiendo á los ignorantes el cielo, á los oprimidos la libertad, á los pobres la posesion de la tierra, á los que han hambre y sed de justicia el pan de la vida para que satisfagan su hambre, el rocío del bien para que sacien su sed, á los limpios de corazon su eterna felicidad, á los pacíficos eterno amor, á los perseguidos injustamente un asilo en sus brazos; y así explica, y esclarece y amplía la antigua ley, diciendo que sobre el rito primitivo está la conciencia, y sobre el sacrificio de sangre el sacrificio del espíritu; que Jerusalem delante del Señor es igual á todas las ciudades, tanto como la última aldea, como Garizim; que no se falta solo en cometer el delito, sino que se falta con pensar el delito, pues la raiz de toda accion está en el espíritu; que es condenable como el juramento falso el juramento inútil; que delante de Dios y su justicia, no hay categorías, ni reyes, ni sacerdotes, ni pontífices, ni guerreros, ni castas, ni privilegios, sino hombres; que es necesario no ejercer la

horrible pena del talion, ni vengar los agravios, ni perseguir á nuestros enemigos, sino amar á los que nos aborrecer, hacer bien á los que nos odian, orar por los que nos persiguen y nos calumnian, para ser así perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.

Jesucristo viene á fundar el reino de Dios en la tierra, para abrir al hombre otro reino aún mas elevado en el cielo. El reino de Dios es el reino del espíritu, que flota sobre todas las tempestades del mundo, que se levanta como un ideal sobre todos los hechos de la historia. En ese reino entrará la mujer tenida por esclava, por indigna de compartir el espíritu con el hombre, y será una fuente perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era hombre, el esclavo que había encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se extenderá por todas las zonas de la tierra, y acogerá á todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo del sol que así corona la cima de las montañas como se extiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazón cerrado á la esperanza verdadera y abierto á falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo mas grande en el espíritu; como prefiere su reino de un día limitado por las montañas y los desiertos á ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio todas las gentes: será excluido de ese reino, como el mal vendimiador fué arrancado de la vinya por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y á la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere á la circuncision del cuerpo la circuncision del espíritu, si no levanta sus brazos á Dios, y le bendice por haber mandado á su hijo, no sobre las nubes y los relámpagos y los rayos, sino sobre el ignominioso madero de la Cruz.

Jesus llama á su reino á todos los hombres. Mas para entrar en su reino les exige renovacion del alma, limpieza del corazón. Es imposible, absolutamente imposible ser dignos del reino divino, si no enderezamos en toda nuestra vida el corazón al bien, y la intelligen-

cia á la verdad. La decadencia del mundo moral solo podia curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. Así para prepararse á esta verdad, el hombre antiguo, el hombre del error necesitaba un bautismo poderoso, que lavara las abominaciones de la tiranía, oscuras manchas de su alma. Este bautismo era como el baño en que perfumaba su alma para recibir dignamente al que venia á dar fin á la muerte, y principio á la eterna verdadera vida. Mas para llegar hasta comprender la verdad cristiana, era necesario separar los ojos del mundo, apercibirse á un continuo cruento sacrificio, aislarse de toda vida que no fuera la vida del espíritu, romper todos los lazos que podian atar al hombre á la tierra, pedir la verdad divina en la seguridad de que todo lo demas sería concedido por añadidura, y sustituyendo á la ley antigua inflexible el sentimiento interior del bien, la norma de moral ingénita á la conciencia, el amor á la justicia en la pureza de los motivos, para que no se mezclara de ninguna suerte á nuestra alma, ni una mancha, ni un átomo del tosco miserable barro de la tierra, que pesando sobre sus alas le quitarian el impulso para llegar al cielo. Mas Jesucristo exigia la fé, la confianza en Dios. El mundo habia confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fé es la virtud por la cual se ha de propagar el Cristianismo. Mas la fé se dirige muy principalmente á los desvalidos, á los enfermos, á los desgraciados, á los ignorantes, á todos los que necesitan una restauracion material ó moral. La restauracion del mundo por la fé va á cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los seres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los labios, y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de las catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz mas viva que todos los resplandores del día. Jesucristo era el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama á sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la Providencia y de la historia era necesario que la verdad descendiera á la tierra vestida con nuestra carne, ani-